

Memorias de guerra de una pequeña francesa de Marie-Claire Figueroa¹

Miguel Ángel Covián González

LA UAM ACABA DE PUBLICAR UN IMPORTANTE LIBRO DE MEMORIAS de Marie-Claire Figueroa, crítica literaria y escritora fallecida el año pasado. El libro me parece importante por varias razones. Una de ellas es que nos permite acercarnos a Marie Claire, una escritora inteligente, interesante y divertida.

Conocí a Marie-Claire en 1982. Era una mujer ágil, de cabello corto y rubio, casi blanco, de ojos pequeños y azules, muy pícaros. Poco dada a los afeites, parecía mayor de sus cincuenta años, además de que era directa, seca y poco dada a andar contemporizando con nadie. Tenía a su cargo la Unidad de Documentación del Programa de Estados Unidos (a la postre de América del Norte) del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México. Francesa de nacimiento y mexicana por decisión propia, no era fácil abordarla. Quizá podríamos decir de ella, como decía la niña Paloma de la novela de Muriel Barbery acerca de Mme. Michel, que tenía “la elegancia del erizo: por fuera cubierta de púas, una verdadera fortaleza, y por dentro poseedora del refinamiento sencillo de los erizos, falsamente indolentes, tremendamente solitarios y terriblemente elegantes”.

Marie-Claire parecía dura, sí, pero más por ganas de parecerlo que por otra cosa pues tenía un gran sentido del humor y no hacía falta mucho para hacerla carcajear. “Me tachan de francota, de imprudente”, nos dice ella misma en su libro. Sin duda era lo uno y lo otro y por eso era tan interesante. Hosca por fuera y sensible por dentro, a Marie-Claire le gustó siempre andar por caminos diferentes: los de Francia y Suiza como niña en tiempos de guerra y los de México cuando se enamoró de Gonzalo, los de San Jerónimo y los del Ajusco, los de Polanco y los de Tepec, los de San Diego y los de Etlá, los de París y Bruselas y Puerto Vallarta y Atenas, Libreville y el avión al que se pudiera trepar...

¹ Texto leído en la presentación del libro el 2 de marzo de 2017 en la FIL Minería.

“Soñaba con viajes largos alrededor del mundo”, nos dice Marie Claire en sus recuerdos de niñez, y vaya que cumplió el sueño. Toda su vida fue, como decimos en México, muy pata de perro.

Su naturaleza rebelde, como ella misma la llamó, la llevaba a tomar siempre caminos nuevos. Le gustaron los caminos de esposa y ama de casa, los de madre, abuela y suegra, y también los de la investigación y la docencia, los de la lectura y los de la escritura, los de la conversación y los de la amistad. También los de la soledad. Sus amigos de su casa de fin de semana, en Tepec, sabían que aunque estaba ahí y los apreciaba, no por ello podían llegar de improviso a platicar y quitarle el tiempo. Un erizo, pues... Marie-Claire podía ser rebelde, dura y terca, que es otra forma de ser disciplinada. Por ello, por disciplina, se puso a estudiar español en su juventud, ruso en su madurez, y por ello mismo se puso a escribir. Logró, además de muchos otros, esos tres objetivos.

Podía ser al mismo tiempo generosa, dedicada y curiosa, divertida y golosa. “Mi gula no tenía límite”, recuerda de su infancia. No la tuvo de pequeña, pues como señala en su libro de memorias, no había frasco de mermelada, terrón de azúcar o barra de chocolate que se le escapara. “Cuando de comida se trata, podía vender mi alma al diablo...”, nos dice ella misma.

De muestra un botón. Su libro de memorias incluye recetas de conejo al coñac con setas (conejos que iba a cazar con su tío Edmond), de codornices a la naranja con manzanas, y también recetas de mermelada de fresa, membrillo o zarzamoras...

Yo así la conocí: golosa, curiosa, ávida de dulces y también de lecturas. Hace treinta años empezamos a platicar de libros y de autores. Intercambiamos impresiones sobre las entrevistas que ya desde los años cincuenta hacía la *Paris Review* a famosos escritores sobre cómo y cuándo y por qué escribían, si de día o de noche, si en la cama o de pie, si a mano o a máquina... No había todavía computadoras.

Intercambiamos novelas y hasta discutimos si la magia de Borges se presentaba sólo al leerlo en la adolescencia o si Nabokov era en verdad genial o sólo un inteligente administrador de fuegos de artificio literarios.

Yo salía de la adolescencia y descubría y me apasionaba por autores que no conocía, pero me da la impresión de que esa Marie-Claire que todavía no soñaba en tener nietos y que trabajaba en El Colegio de México y atendía a sus hijos y su marido en San Jerónimo y que compraba un terreno en Tepec y luego construía ahí su casa de fin de semana y hacía mil otras cosas descubría al mismo tiempo su vocación de ensayista y escritora.

Quien quiera acercarse y disfrutar un poco de quien fue Marie-Claire la niña, la hija de una madre poco afectuosa y la nieta de una abuela un tanto hosca; quien quiera acercarse a Marie-Claire la hija de una familia paterna de alsacianos, los Fisher, y de una familia materna de normandos, los Mansel; quien quiera ver a la amorosa hermana mayor de Francis y Bernard; a la mujer que atravesó diez mil kilómetros para venir a México enamorada; a la esposa y madre de cinco niños, a la profesional; y también a la escritora, podrá encontrarla —completita— en su libro de memorias.

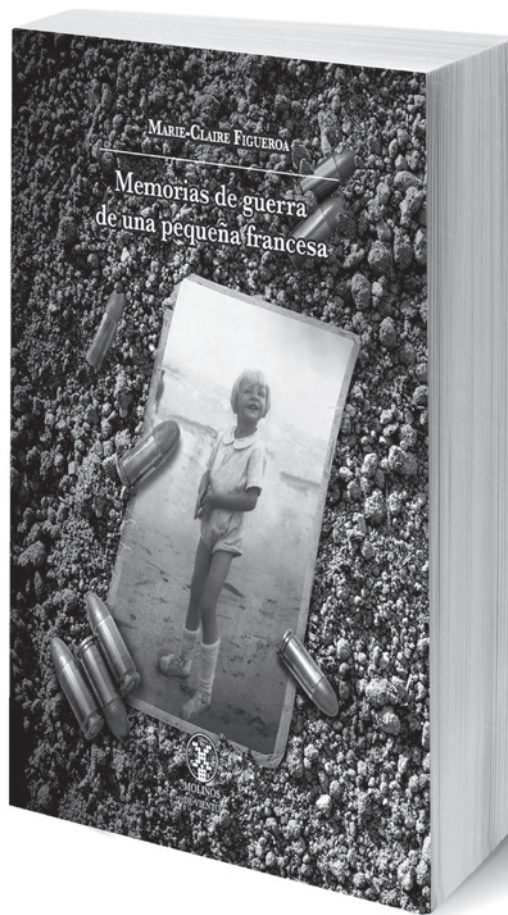
Otra razón por la que este libro es importante es porque nos ofrece muy gratos recuerdos, momentos de luz, de una niña en tiempos de guerra.

Memorias de guerra de una pequeña francesa nace, nos dice la autora, de su deseo de “relatar fragmentos de una época desconocida por mis hijos y, con más razón, por mis nietos”. Sin duda lo logra.

Se trata de una época y una guerra que, sin duda, a los mexicanos nos quedan muy lejanas. Me quedan lejanas a mí y a mis hijos pero también le quedaban lejanas a mis padres y a mis abuelos. Ninguno de ellos sufrió, como Marie-Claire o sus contemporáneos, los rigores de la Segunda Guerra Mundial: hambre, persecuciones, bombardeos, destrucción de pueblos y ciudades, etcétera.

Al contrario. Si recordamos bien, para nosotros la Segunda Guerra Mundial fue una época de auge. Fuimos solidarios, sí, con Etiopía, Austria y Polonia, con España, por supuesto, víctimas todos del fascismo. En México recibimos primero a los niños de Morelia y luego a una gran multitud de refugiados españoles, luego a judíos, con el tiempo a chilenos, argentinos, bolivianos, un flujo permanente de libaneses. Siempre abrimos los brazos a quienes se sintieran perseguidos.

Memorias de guerra de una pequeña francesa
Marie-Claire Figueroa
México, UAM, 2016, 228 pp.



Pero a finales de los años treinta nosotros estábamos ocupados no en la Segunda Guerra Mundial sino en asuntos que nos parecían mucho más importantes. Retomar la riqueza de nuestro subsuelo, por ejemplo.

Eso nos llevó a la nacionalización del petróleo por el presidente Lázaro Cárdenas en marzo de 1938 y nos enemistó con las principales potencias de la época. Pues bien, la Segunda Guerra Mundial hizo que los roces y rencores con otras naciones —y que fueron resultado de la nacionalización petrolera— pronto desaparecieran.

Nuestro esfuerzo de guerra no fue propiamente bélico, aunque sí participamos con el Escuadrón 201 en las Filipinas hacia 1945. También participamos, y no es poca cosa, con alrededor de 250 mil soldados de origen mexicano en el ejército de Estados Unidos.

Aunque entramos a la guerra formalmente después del hundimiento de dos buques petroleros por los nazis, en 1942, nuestro esfuerzo se dio sobre todo en la producción de bienes y mercancías necesarios para la guerra. El país contaba con recursos naturales indispensables para la industria bélica —cobre, zinc, grafito—, además de ganado, cerveza y productos agrícolas. Las exportaciones estimularon el crecimiento y el desarrollo económico de México, además de que nos permitieron forjar una alianza franca e indestructible con nuestro vecino del norte. Los años de la Segunda Guerra Mundial fueron para nosotros los mexicanos años de prosperidad inaudita.

En sus recuerdos, Marie-Claire nos habla de las privaciones que se vivieron en Europa y de las estancias en las casas de los tíos para alejarse de las ciudades que resultaban un peligro por los bombardeos. Nos describe la casa de los abuelos maternos en Caudebec, y cómo fue hecha cenizas por los ingleses, que en torpes bombardeos querían destruir los puentes sobre el Sena para que no pasaran los nazis y lo único que lograron fue no dejar piedra sobre piedra en la ciudad.

En París le toca someterse a las sirenas antiaéreas, al descenso nocturno a los refugios, pero aún en esos casos ganaba la niñez pues todo eran correteos y juegos infantiles.

Lo que más me gusta de estas memorias de guerra es que si bien describen una situación difícil, lo hacen siempre desde los ojos inocentes y poco dados al drama de una niña que ve transcurrir la vida sin problemas, acompañada de sus hermanos, de sus tíos, en ciudades distantes de París, recogiendo hongos, aprendiendo a bordar, preparando su primera comunión, llevada por la Cruz Roja a Suiza a casa de un familia de acogida —los Meyer, un matrimonio con tres hijas— al término de la Segunda Guerra Mundial.

Quien quiera un relato vívido, franco y muy bien escrito de cómo vivió una niña de siete a catorce años una época difícil como la de la Segunda Guerra Mundial tiene en estas memorias el libro que estaba buscando.

Gracias a la UAM y gracias a Marie-Claire por ofrecernos estas interesantes memorias de guerra. **AAA**